

Constanza Biondi

En esta presentación propongo que sigamos interpelando la ilusión de homogeneidad que aún tiene peso en nuestras escuelas, más allá de las buenas intenciones, las palabras que forman parte del cuerpo semántico institucional y social y los avances que sin duda hemos logrado en pos de que una educación verdaderamente inclusiva sea una realidad.

Para inspirarnos, traigo las palabras del psicólogo rumano Reuven Feuerstein, quien dedicó su vida a estudiar el desarrollo cognitivo y a enseñar a personas en situación de gran vulnerabilidad:

“Necesitamos preguntarnos, no si los niños pueden o no aprender, sino cómo puede impartírseles la enseñanza de modo tal que se desenmascare su potencial de aprendizaje disponible”

En estos momentos coexisten tres paradigmas a la hora de pensar la educación y específicamente, la educación de las personas en situación de vulnerabilidad por diferentes causas, entre ellas, la discapacidad.

El paradigma médico, que sostiene como única oferta la educación especial, brindada en establecimientos especiales separados, de acuerdo con la patología de base.

El paradigma de la integración, que abre la posibilidad de que algunos alumnos con discapacidad puedan educarse en la modalidad común, siendo que deben tener en cuenta sus necesidades educativas especiales y la necesidad de ofrecer adaptaciones curriculares en una propuesta que sigue siendo homogénea para el resto.



El paradigma de la inclusión que convoca a realizar una profunda revisión del sistema educativo, de cada institución y de la sociedad toda, para eliminar las barreras para el aprendizaje y la participación que afectan a todos y cada uno.

Tony Booth y Mel Ainscow, principales referentes de la educación inclusiva, nos convocan a estar atentos para no confundir esas barreras con el diagnóstico o la dificultad que los alumnos pueden presentar.

“Cuando las dificultades educativas se atribuyen a los déficits del alumnado, lo que ocurre es que de considerarse las barreras para el aprendizaje y la participación que existen en todos los niveles de nuestros sistemas educativos y se inhiben las innovaciones en la cultura, las políticas y las prácticas escolares que minimizarían las dificultades educativas para todo el alumnado”.

Propongo que pensemos y revisemos cómo nos preguntamos y nos respondemos ante las incertezas que algunos alumnos nos generan.


Si nos preguntamos qué tienen, entonces focalizamos en la

búsqueda de un déficit que justifique “por qué no puede”. Esto, de algún modo nos ubica fuera de la trama de implicancia acerca de ese alumno, lo cual puede generarnos al mismo tiempo impotencia y tranquilidad.

Si en cambio nos preguntamos quién es y qué nos sucede a nosotros, nos ubicamos en esa trama que necesariamente nos implica, buscamos al niño o niña en situación de aprendiz detrás del informe diagnóstico. Y nos preguntamos por sus fortalezas, los contextos significativos, su estilo de aprendizaje, cómo podemos vincularnos y enseñarle. Una pequeña y enorme diferencia.

Esto no implica desmentir o desacreditar la importancia del diagnóstico, pero sabiendo que son relativos y mutan a medida que un niño o niña crece, aprende y que todos quienes estamos vinculados con ellos también crecemos y aprendemos.

Aprendemos a repensar la escuela como diversa. Y no sólo aceptamos, sino que valoramos esa diversidad como riqueza. En definitiva, lo normal es lo diverso.



¿Y de qué se trata la enseñanza diversificada?

“Supone diseñar y desarrollar actividades y tareas escolares tan diversas como sea posible, que ofrezcan al alumnado distintos puntos de entrada y de conexión, que posibiliten así su participación e implicación, que les faciliten distintos tipos y grados de ayudas y apoyo tanto de forma directa como indirecta, que estimulen su autonomía y la adopción de un rol cada vez más activo en la gestión y el control de su propio proceso de aprendizaje, y en el marco de los cuales sea posible seguir y evaluar de una manera continua el proceso para tomar decisiones sistemáticas que favorezcan su ajuste” (Javier Onrubia).

Lo que parece una tarea titánica y utópica es, no sólo posible sino necesario si consideramos a los niños y las niñas y los escenarios escolares de hoy. La educación inicial es en muchos aspectos pionera en este sentido.

Una herramienta valiosa para diversificar la enseñanza es el Diseño Universal del Aprendizaje, que se basa en tres principios:

1. Proporcionar varias opciones para la representación (percepción, lenguaje y comprensión).
2. Proporcionar varias opciones para la acción y expresión (acción física, habilidades expresivas y funciones ejecutivas).
3. Proporcionar varias opciones para la motivación e implicancia (interés, sostén del esfuerzo y autorregulación).

Este cambio es sustancial, porque ya no hay una sola propuesta que insistimos en creer que es significativa para todos, menos para quienes presentan algún desafío. Pero implica la revisión profunda de las prácticas.

Para que nuestras escuelas sean más inclusivas, es necesario que diseñemos e implementemos proyectos de mejora que abarquen tanto las prácticas como la micropolítica escolar y la cultura institucional.

Para que nuestras escuelas sean más inclusivas trabajemos para:

- Armar equipos colaborativos.
- Incluir la educación emocional y habilidades sociales atravesando



los niveles educativos.

- Resignificar los apoyos para que sean destinados a todos los estudiantes que los necesiten.

- Proponer estrategias de aprendizaje cooperativo y significativo.

- Profundizar la comunicación entre los actores internos y con los externos, para construir una verdadera red.

- Diversificar las prácticas.

- Implementar capacitación e inter-capacitación en servicio a todo el personal (docente y no docente): Comunidades de aprendizaje.

- Abrir espacios de reflexión sobre las propias prácticas.

- Partir de una visión de currículo amplio flexible y diversificado que permita ofrecer propuestas relevantes a todos los alumnos.

- Resignificar el diagnóstico inicial.

- Ofrecer propuestas didácticas que sean significativas para todos, de modo que todos aprendan al máximo de sus capacidades.

- Enriquecer los entornos.

Los entornos enriquecidos ofrecen múltiples oportunidades, no sólo para los niños y niñas que portan un diagnóstico o tienen alguna vulnerabilidad, ya sea genética o no, o bien genética y potenciada por contextos y vínculos desfavorables; sino para todos los que conforman ese grupo, incluidos nosotros.

La diferencia entre una utopía y un camino es pasar a la acción, paso a paso, sin prisa y sin pausa.

Este material complementario fue realizado por Constanza Biondi en el marco del webinar "Buen inicio en la educación de la Primera Infancia" de la Fundación Navarro Viola en alianza con OMEP Argentina.

Mayo 2022.



## Bibliografía complementaria:

Booth, Tony; Ainscow, Mel (2002): “Guía para la educación inclusiva. Desarrollando el aprendizaje y la participación en los centros escolares” Ed. Echeita Sarronandia, Gerardo.

Echeita Sarronandia Gerardo (2008): “Inclusión y Exclusión Educativa. Voz y quebranto”- REICE - Revista Electrónica Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación, Vol. 6, N°2.

Kaplan Carina (2006): “La Inclusión como posibilidad” - Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la República Argentina y Organización de los Estados Americanos.

Orro Silvia Ester (2003): “Reuven Feuerstein y la teoría de la modificabilidad cognitiva estructural” Ministerio de Educación Cultura y Deporte – España- Revista de Educación – N° 332.

Untoiglich Gisela (2013): “En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz”- Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.